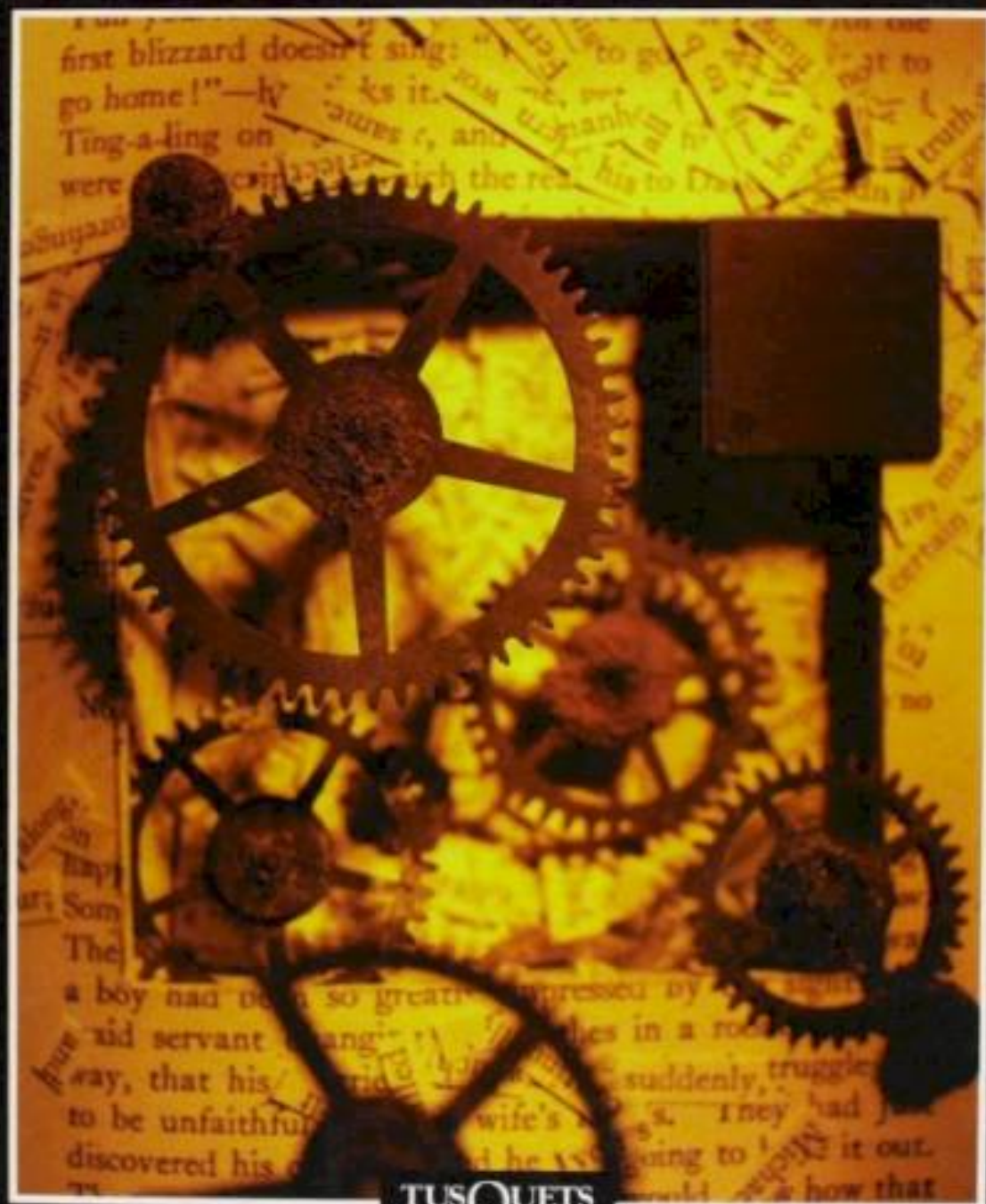


Juan Miñana

EL JAQUEMART

colección andanzas



TUSQUETS
EDICIONES

Annotation

La peste asuela Barcelona en los últimos años del reinado de Felipe IV. Buenaventura Deulocrega, maestro en artes y medicina, llega al hospital de la Santa Cruz dispuesto a trabajar contra la epidemia. Allí conocerá a un personaje enigmático y sabio, Juan de Ameno, un relojero del rey que ha pedido asilo en las cámaras privadas del hospital para concebir lo que será su último proyecto: un jaquemart o autómatas de bronce destinado a la torre de horas de la catedral. Buenaventura y Juan de Ameno asisten desde ese extraño refugio a los embates de un presente difícil y amargo, y forjan una extraña amistad parapetados tras una constante recreación del pasado que, en forma de fábula urdida con la sutileza de un mecanismo de relojería, parece salvaguardarles del paso implacable del tiempo.

JUAN MIÑANA

El jaquemart

Tusquets Editores, S.A.

Sinopsis

La peste asuela Barcelona en los últimos años del reinado de Felipe IV. Buenaventura Deulocrega, maestro en artes y medicina, llega al hospital de la Santa Cruz dispuesto a trabajar contra la epidemia. Allí conocerá a un personaje enigmático y sabio, Juan de Ameno, un relojero del rey que ha pedido asilo en las cámaras privadas del hospital para concebir lo que será su último proyecto: un jaquemart o autómatas de bronce destinado a la torre de horas de la catedral. Buenaventura y Juan de Ameno asisten desde ese extraño refugio a los embates de un presente difícil y amargo, y forjan una extraña amistad parapetados tras una constante recreación del pasado que, en forma de fábula urdida con la sutileza de un mecanismo de relojería, parece salvaguardarles del paso implacable del tiempo.

©2000, Miñana, Juan

Editorial: Tusquets Editores, S.A.

ISBN: 9788483101391

Generado con: QualityEbook v0.87

Juan Miñana

El jaquemart

1.ª eDICIÓN: junio 2000
Juan Miñana, 2000
Tusquets Editores, S.A.
ISBN: 84-8310-139-4

índice

Libro primero
La botica del diablo
Libro segundo
La máquina del azar
Libro tercero
Ingenio para que se inclinen los reyes
Libro cuarto
El cuaderno del aprendiz

Para Alba,
que sigue en su sala de maravillas

Así es lo mismo la alegría y la tristeza, el conocimiento y la ignorancia, lo grande y lo pequeño, lo alto y lo bajo que circulan y cambian en el juego del tiempo.

Heráclito en Las sectas a subasta,
de Luciano de Samosata

*Da te a me campana fuoro pati
tu per gridar e io per fore i fati.*

Maurizio de Orvieto

Libro primero

La botica del diablo

1

ACIANO, caléndula y semilla de perejil. Aún borboteaba el licor verde cuando el ayo Ot lo vertió a través de un filtro en la pequeña copa ovalada de cristal. En la misma habitación, sentado en la cama de hierro, el maestro Buenaventura Deulocrega esperaba llorando por un solo ojo. Fue aquel verano del jaquemart y las hogueras aromáticas, la tapada negra había entrado en Barcelona y el maestro Deulocrega dejó suspendidas sus lecciones en el Estudio General para trasladarse a la Santa Cruz con su criado más viejo. El hospital recibía apestados desde la primavera, por más que el Consejo hubiera esperado hasta San Juan para reconocer la epidemia. El día en que se leyó la orden de prender hogueras aromáticas para purificar el aire de la ciudad, el ayo Ot había despertado al maestro diciéndole: «El Consejo ha declarado la peste, Buenaventura» —tenía la mandíbula caída y movía siempre la boca como si rumiara—. Deulocrega había sacado un brazo fuera de la cama y empezaba a protestar con la cara hundida en las almohadas. La peste no necesitaba la autorización del Consejo para declararse, naturalmente. Se había declarado por sí misma sin esperar asambleas ni bandos.

Digo que fue aquel verano del sol blanco y de la bruma de calor, que era como despertar por las mañanas sin acabar de despertarse del todo. El maestro Deulocrega suspendió también sus visitas a las casas particulares que le habían tomado como médico de pulso. Ahora el ayo Ot y él compartían una celda con fogón en la casa de fundaciones del hospital de la Santa Cruz. Recorría las salas dos veces al día con el médico de casa —un hombre demasiado mayor para ejercer que caminaba amparándose en una vara y que todavía usaba el anticuado cuatricornio de los doc-

tores en medicina—. En la celda, pequeña y mal ventilada, apenas había espacio para la cama que Deulocrega había traído desde su casa. Los instrumentos y la ropa de vestir, los manuscritos y las láminas, llenaban los estantes de una alacena con las ollas y la vajilla. En el suelo, abierta como un libro, la caja de la botica mostraba su interior de tubos, pipas y frascos de porcelana con muestras de plantas secas, raspaduras minerales, pólvoras, jarabes, unturas. Detrás de la puerta colgaba una ristra de ajos en forma de cruz.

El ayo Ot había levantado la copa para comprobar la pureza del licor y se la ofreció al maestro. Buenaventura Deulocrega no lloraba por un solo ojo porque estuviera medio afligido por algo, sino porque aquella madrugada, herborizando por un bosque para llenar sus frascos vacíos, una rama de espinos se quedó prendida un momento en una manga del ayo para volver a cerrar el camino con la fuerza de un latigazo. El maestro no había sentido dolor, sólo un resplandor rojo y dorado que le cegaba. El ayo Ot se había quitado el sombrero de paja para examinar el ojo herido. Adelantaba un poco el mentón con la boca abierta —y qué pocos dientes le quedaban ya bailándole en las encías—; las manos y las ropas le olían a todas las hierbas curativas que llevaba a la espalda en un cesto con correas: la verbena, la borraja, la marialuisa, el liquen, el anís. Había que regresar cuanto antes a la Santa Cruz para extraer la punta de espino con unas pinzas y preparar un colirio. Dejaron atrás las zarzas y caminaron hasta un claro entre encinas donde esperaba el aprendiz del portalero con las mulas del hospital.

Poniéndose en pie, solemne como si estuviera a punto de improvisar un brindis, el maestro parpadeó y se llevó la copa al ojo. Escocía tanto que el ayo Ot abrió la puerta de la celda para que Deulocrega dejara de dar vueltas y pudiera salir al corredor. «No hay peores enfermos que los médicos», pensaba el ayo mirando cómo el maestro agitaba una mano y pateaba el suelo. Entró en la celda y cerró la puer-

ta. Buenaventura Deulocrega se alejaba por el corredor recitando en voz alta todo el santoral romano.

La casa de fundaciones era un edificio grande y oscuro, casi conventual, que comunicaba con las habitaciones privadas del gobierno. El maestro se había permitido un respiro mirando un vitral cerrado, tentado de tirar aquel licor del demonio al patio por una mella del cristal. Volvió a parpadear muy cerca de la copa —ahora lloraba lágrimas calientes y verdes— y probó una nueva ablución más rápida, con el ojo inflamado lo más abierto posible. Caminaba tan deprisa que no se dio cuenta de que había llegado al ala noble, donde las celdas eran verdaderas cámaras y las paredes estaban vestidas con tapices. Aquí se alojaban los enfermos que entregaban donativos a las fundaciones de caridad para ser atendidos lejos de las salas. El maestro miraba los historiados escudos de piedra sobre los dinteles: Llupiá, Darder, Orden Tercera de San Francisco. En las puertas de gruesas molduras brillaba la cera reciente.

Se detuvo meciendo el espeso licor en la copa. Algunos días antes, regresando de su primera visita al prior, había sorprendido a un hombre durmiendo en una de aquellas cámaras. Buscaba su celda cuando un fraile que caminaba delante de él llevando una bandeja llamó a una puerta. Había sido una discreta mirada al pasar, suficiente para ver a un hombre recostado en una silla de campo, las manos cruzadas sobre el pecho y la espalda tan forzada hacia atrás que el respaldo parecía a punto de quebrarse. Desde entonces iría conociendo todo lo que se contaba en el hospital acerca de Juan de Ameno, el hombre que dormía en aquel trono de teatro. Los camareros aseguraban haber visto dibujos de máquinas sobre la mesa de trabajo que el de Ameno recogía apresuradamente para que le sirvieran la comida. Se decía que había sido relojero del rey, y que nunca consentía en que le ayudaran a desvestirse por miedo a que alguien pudiera robarle sus deslucidas ropas de corte —cuando era tan escaso de talla que sólo hubiera po-

dido usarlas un niño a medio crecer—. Raramente paseaba por el claustro o el patio, y cuando lo hacía no disimulaba sus escrúpulos hacia los enfermos que convalecían al sol. Había entregado un generoso donativo a los administradores porque buscaba un lugar tranquilo donde vivir y trabajar.

Buenaventura Deulocrega ya había pensado en volver con el ayo Ot cuando vio un hilo de luz en la cámara de Juan de Ameno. Nunca había sentido verdadero interés por el enfermo fingido, pero aquel día —el día del lavatorio de ojo en aquel verano del sol blanco, el jaquemart y las hogueras aromáticas— se sorprendió a sí mismo empujando suavemente con un dedo la puerta del relojero del rey, que cedía sin ruido.

Vio con su ojo sano la cama intacta. El dedo empujó un poco más hasta ver la mesa, una cristalera, un armario abierto que sólo guardaba un plato de manzanas; y a lo largo de una pared blanqueada, la silla de campo, otra ventana de damero ámbar y dos arcones de viaje en el suelo. No había nadie en la cámara. El maestro miró hacia los fondos del corredor y entró.

Se acercó a la mesa y dejó la copa al lado de los pliegos de papel donde Juan de Ameno concebía sus máquinas. Entonces Deulocrega no sabía qué era un jaquemart —y cuando lo supo no llegó a compartir la importancia que el de Ameno concedía a las estatuas animadas de los relojes públicos—. Aquellos dibujos iban adquiriendo forma humana a medida que se sucedían los pliegos. Pasaban de una simple disposición de ruedas y engranajes parecida a la de los relojes, a inscribirse en la doble silueta de un hombre abierto en dos mitades, como una caja preparada para contener la máquina. Todo le recordaba a las láminas italianas que guardaba para sus clases de anatomía en el Estudio: la figura abierta y desmembrada. El detalle de un brazo articulado. Otra figura parecida pero trazada en secciones, por cuyo interior circulaba una infinidad de líneas pun-

teadas que parecían representar finísimas cadenas. Había muchas acotaciones en una apretada letra casi ilegible. El último pliego era el dibujo de un pedestal donde el relojero había escrito la palabra «nepíos», que en griego antiguo significaba al mismo tiempo loco y niño.

El maestro Deulocrega volvió a coger su copa pero la dejó en el mismo sitio. Caminó hasta la silla de campo, de alto respaldo coronado por un pequeño baldaquín. Era un extraño trono de estacas negras y cintas de cuero, como el que podía haber usado un noble antiguo en sus partidas de caza. Movié el respaldo y algo crujió bajo el asiento. Se inclinó y vio un mecanismo dentado que se accionaba mediante un resorte para liberar el respaldo y anclarlo en diferentes posiciones. Se sentó con cuidado, afianzó las manos en los brazos de la silla y empujó el respaldo con la nuca. Ahora el crujido pudo provenir de la silla o de su propia espalda. Estiró las piernas. Entraba una luz tan dulce por las ventanas que acabó por perder la noción del tiempo: nunca supo cuánto tiempo estuvo sentado en la silla ni el tiempo que Juan de Ameno llevaba observándole desde el vano de la puerta.

El relojero tenía la expresión afilada de un pájaro. Los ojos pequeños y fijos, muy negros, y una fragilidad también de pájaro, a punto de echarse a volar. Pero aquélla era su intimidad y aquel hombre era sólo un intruso. Había abierto la boca pero no decía nada. El maestro se levantó e hizo una pequeña reverencia con la cabeza que el de Ameno no contestó. Se presentó como maestro en artes y medicina de la Santa Cruz, Buenaventura Deulocrega, aunque eso tampoco pareció tranquilizar al huésped de la cámara. Por fin, resueltamente, se frotó las manos y caminó hacia Juan de Ameno, que se alertó un poco más. Cerró la puerta y le dijo en tono confidencial que había estado esperándole para examinar su espalda. Se trataba de una sugerencia personal del prior.

Aturdido, el relojero se dejó desabrochar el jubón y las cintas de la camisa. Aún quería decir algo, pero Deulocrega hablaba tanto y tan deprisa que pronto se vio en calzas apoyado en uno de los brazos de la silla. No vivía en el hospital para que atendieran aquella vieja lesión. Sólo quería trabajar en paz. Cuando la espalda le molestaba se sentaba en su silla y buscaba una postura cómoda.

El maestro asentía y examinaba el rosario de huesos salientes en aquella espalda casi infantil. Había un callo óseo bajo la piel, el recuerdo de una fractura grave. Intentó conocer la historia de la lesión pero el relojero se obstinaba ahora en guardar silencio, aferrado al brazo de la silla. Los débiles músculos se tensaban con la exploración de los dedos. Juan de Ameno estaba perdiendo la paciencia y seguía desconfiando de aquel médico de mirada torva.

Ninguno de los dos sospechaba entonces las largas horas de conversación que mantendrían en aquella misma cámara. El relojero atreviéndose a contar lo que no había contado a nadie temiendo que le tomaran por un alucinado. El maestro Deulocrega descubriendo en aquel enfermo falso una enfermedad cierta de la que no se hablaba en los libros, mientras el jaquemart iba tomando forma y se convertía en una presencia real que escuchaba en silencio cuanto decían.

Fue tan torpe aquel primer encuentro, que el relojero estuvo a punto de llevar sus quejas al prior de todos modos. Cuando acabó el examen —el maestro nunca había examinado a nadie con tan poca habilidad; seguía llorando por un ojo—, Juan de Ameno se vistió apresuradamente y se acercó a su mesa de trabajo para mirar la copa de colirio. Una gota se había derramado sobre uno de sus dibujos. El maestro pidió disculpas por la torpeza de un camarero imaginario y levantó la copa, que se había convertido por arte de magia en un remedio muy eficaz para las dolencias de la espalda. Debía beberse de un solo trago porque tenía un sabor muy amargo.

Juan de Ameno olió el líquido con repugnancia y lo apuró resignado porque era el único modo de librarse del médico. «No es tan amargo», pudo decir mirando la copa vacía, paladeando incluso el licor. Buenaventura Deulocrega sonreía cortésmente señalando la puerta. Ahora debía reunirse con el médico de casa y sus ayudantes para visitar las salas.

Cuando poco después el relojero se quedó solo, secó con polvo de albayalde la gota de licor que había manchado su dibujo. Sopló sobre el papel y corrigió el trazo con tinta. Después caminó hasta la silla y se sentó mirando la luz de una cristalera. No había descansado bien aquella noche. Se notaba inquieto. Pero la medicina iba haciendo su efecto y el de Ameno comprobó con agrado cómo un hormigueo muy sutil, casi imperceptible, empezaba a mitigar la dolorosa tensión de su espalda.

A veces volvía a recordar aquella imagen de la plaza pública desde la esfera del reloj de torre. El tiempo ha derretido la nieve sucia del suelo entre los puestos del mercado y confunde aquella mañana de enero con un día de verano o primavera. Sigue habiendo lienzos tensados con picas, quitasoles, toldos, humo, reflejos, y una extraña actividad de hormigas entrando y saliendo de la plaza por las bocas oscuras de unos pórticos. Juan de Ameno era entonces un pájaro más joven y más ágil, y hacía equilibrios en el ligero andamio de tablones que oscilaba en la torre a la altura del mostrador del reloj. Removía un cazo de lacre caliente para lustrar los números de las horas, deslucidos por la intemperie de muchos años, cuando algo indefinible, el presentimiento de un peligro inmediato, hizo que levantara la cabeza y buscara apoyo en la moldura circular de mármol que protegía la esfera.

Se había quedado de costado mirando hacia arriba, indeciso entre el andamio y la fachada. El lacre se había derramado del cazo y un silbido agudo destensó una soga

que cayó rizándose desde la altura. Juan de Ameno contuvo la respiración y soltó el palo untado de pasta negra al mismo tiempo que se le hundía el apoyo de los tablones. El último impulso le llevó a dar un inverosímil paso de volatinerero casi sustentándose en el aire, girando en la moldura sobre un talón para afianzarse, palpar la piedra, abarcar con las manos y los pies la curva lisa del círculo, de cara al vacío. El estómago se le encogió viendo la estela de lacre y cuerdas segadas. Un instante de silencio que rompió el estruendo de la madera al estallar, muy cerca de unos puestos, contra las losas de la plaza.

Nunca entendió cómo pudo vencer la atracción de la caída y afirmarse en su postura separando un poco más las piernas y los brazos. Los números todavía humeantes le quemaban la piel. Quiso reunir fuerzas y gritar hacia el campanario, hacia los frailes que le habían ayudado a descender con la cabria, pero sabía que en aquel precario saledizo, que resbalaba como el hielo, debería estudiar cada movimiento e incluso respirar con cautela.

En la plaza no hubo ningún revuelo alrededor de los restos del andamio. Sólo se habían reunido unas figuras quietas que miraban el suelo; que tardaron una eternidad en comprender lo sucedido y en decidirse a mirar la torre. «¡Estoy aquí!», gritaba el de Ameno con el pensamiento. «Que alguien suba al campanario. Avisad a los frailes.» Pero las figuras le miraban ahora con la ociosidad de quien mira un espectáculo de feria. No se movía nadie, salvo para sumarse al grupo de curiosos y señalar hacia el hombre del reloj, que cubría la esfera con su cuerpo como empeñando la vida en que nadie pudiera saber la hora.

El relojero pensó que los frailes, según su costumbre, estarían durmiendo en los tejados de la catedral. Los imaginaba como gatos grandes, tendidos aquí y allá al calor de las tejas. Otras mañanas había tenido que gritar muchas veces para que le izaran. Probó a gritar con cuidado pero sólo pudo emitir un leve quejido que le dobló las rodillas. Volvió